



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843



SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- G. DE ARAGÓN
Grageas.
- LUIS DE OSSA
Las apariencias.
- ROQUE DE LARA
Un capricho británico.
- MINGO REVULGO
Un español en Yankilandia.
- JACINTO CARMIN
El poema de las medias.
- FERNANDO AMADO
El verdadero varón.
- CLEMENTE DE CASTRO
Bonito negocio.
- FÉLIX RECIO
Mañana de Julio.
- TOVAR
y DEMETRIO
- Varios dibujos y retrato de
Lola Velasco.

• LOLA VELASCO

¡Una estrella nueva!



5 cénts.



No pasan años por nosotros. La monomanía de imitar, que confirma la teoría de que el ser humano procede del mono, sigue invadiéndonos con la misma intensidad que en las épocas de Mari-Castaña, en que todo lo hacíamos á la francesa. Desde entonces, tengo para mí, que viene la desvigorización de la raza, aumentada más tarde por las adaptaciones á la italiana. Entre las cosas á la francesa y las cosas á la italiana, nos hemos quedado como para que nos deñ aceite de hígado de bacalao á todo pasto.

Mas no se trata ahora ni de Italia ni de Francia, sino de Bulgaria; estamos bulgarizados del todo como ustedes habrán podido observar, de algún tiempo á esta parte. Comidas á la búlgara, telas búlgaras,

corbatas búlgaras... ¡hasta leche cuajada búlgara! que debe ser altamente nutritiva, á juzgar por los anuncios recomendándola, por más que quien lo debe saber á ciencia cierta son los turcos y por consecuencia las turcas, aunque también es muy fácil que por despecho muy explicable, digan que los búlgaros tienen muy mala leche.

Mi temor ahora es que nos dé por imitar á los yanquis, con la nueva resolución que han tomado y de la cual protesto con toda energía.

En el caso que en las playas de moda, las señoritas y señoras complacientes, que por allí las hay en gran abundancia, han adoptado este verano un modelo de traje de baño, altamente sugestivo, hecho de tela de seda muy transparente y que abre el

apetito mucho más que un vermouth con gotas amargas. Esto ha escandalizado á varios periódicos que la emprendieron fieramente contra el atrayente bañador, y como consecuencia las autoridades norteamericanas prohíben, bajo penas terribles, que usen el trajecito, que según afirman, no tiene de tal más que el nombre.

Al efecto, han puesto vigilantes en las proximidades de las casetas, con el encargo de que á toda banista que salga de ellas con la citada indumentaria, la obliguen á vestir más pudorosamente, si quiere refrescar en el mar

LAS NOCHES DEL RETIRO



—Mujer, qué cosas tan serias toca la Banda Municipal. De vez en cuando debía arrancarse por tientos.

—¡Qué mal gusto tienes! En cambio, yo me vuelvo loca por las introducciones.

su cuerpo acalorado. La lectura del telegrama que da cuenta de esto, me ha producido un gran disgusto porque yo me había hecho la ilusión de que este verano tendríamos en nuestras playas bañadores de los puestos en moda por las alegres señoras y sañoritas de yankilandia, y presu-

LAS COSQUILLAS



Ella.—Por detrás no, que me pongo muy nerviosa.

El.—¡No lo volveré á hacer más!

Ella.—El caso es, que, no siendo por sorpresa, casi, casi me gusta.

mo que en cuanto se enteren las autoridades españolas de la resolución adoptada por las de allá, me voy á quedar con las ganas de gozar de tan admirable espectáculo.

Tendremos, pues, que contentarnos con la contemplación del viejo sistema de trajes de tupidos tejidos, y amplia confección, que no pasan de las corbas por las piernas y de los codos por los brazos.

¡Pero, Señor!, si ellas quieren recibir directamente sobre las turgentes carnes la caricia de las olas, ¿por qué se les va á privar de ese placer?

Además, el baño al natural, ó lo que es lo mismo, sin cubierta externa, de ninguna clase, es mucho más tónico y reconstituyente, y sobre todo hace mejor efecto el yodo, que es lo fundamental, al menos para mí, que creo firmemente en la virtud de tan prodigioso metaloide. Por eso cuando estoy en una playa no me separo de la orilla del mar para aspirarlo. Yodo, mucho yodo, todo lo que puedo resistir.

Mas en tanto llega la próxima desvanecida, en busca de ese y otros tónicos, en Madrid no se está del todo mal. Se han abierto los Jardines del Buen Retiro, se ha abierto el Parque de la Ciudad Lineal, se ha abierto Paisiana; ha sido una apertura general. Las de los bañadores de seda á que antes me refería están encantadas, porque ya lo tienen todo abierto y al aire libre, que es como agrada más.

Y por si esto fuese poco, tenemos las Kermesses, las tómbolas y demás elementos de distracción veraniega, para irnos distraiendo mientras se presenta esa ola de calor conque nos amenazan y que, según los alarmistas, va á ser de las de rechupete.

Entonces, quieran ó no quieran las autoridades, se impondrá el bañador de seda transparente. Y aún llegará el momento que ni el bañador siquiera.

Mojigaterias aparte, todos aguardamos con impaciencia á que llegue para poder decirle á la ola.

—¡Ojalá cómo está usted?

Y si es tan caliente como dicen, ¡adelante, qué demonio, que el mundo es muy grandel!

Un pequeño REPORTER

G R A G E A S

Viendo que con su mujer
no hace carrera Ramón.
aconsejóle Javier
que la echara un buen sermón.

Y tomó con tal ahinco
la corrección de su esposa,
que hay dias que la echa cinco,
y ella, como si tal cosa.

G. de ARAGÓN

Las apariencias Insensiblemente Juanito fué acostumbrándose á considerar á Teresita Martín como un adorado imposible.

Ella vivía en los alrededores de Madrid, cerca del Hipódromo, en un hotelito muy

¿QUÉ SERÁ?



El.—Todo lo demás sí, pero eso primero, indúlgame de ello; te lo suplico.

Ella.—Pues hijo, yo no me quiero privar de nada.

cuco, muy coquetón, que parecía soñado por la modesta fantasía de un amante pobre.

Juan acertó á pasar por allí á tiempo que la joven se asomaba á una ventanita del primer piso, é inmediatamente sintió en su corazón y en sus nervios todo ese calorífico eléctrico conque generalmente se anuncia el amanecer de las grandes pasiones.

Ella le miró distraída, después sonrió; tenía la frente pequeña, los ojos pardos, las cejas inquietas, los labios muy reidores y la nariz traviesa y sensual...

El joven llevóse aquella imagen en la

memoria y luego volvió á pasar una vez y otra con la ilusión de ver nuevamente el original.

Más tarde, una portera vecina de la misma calle, le dió algunos pormenores interesantes acerca de la misteriosa y gentil hechicera: se llamaba Teresa Martín, tenía diez y ocho años.

—¿Es madrileña?

—No, señor; andaluza.

—¿María Santísima! ¿De Cádiz, tal vez?

—No, de Sevilla. La tierra de las mujeres bien guisadas, el buen vino y el cielo azul.

—¿Con quién vive?

—Con un señor.

—¿Un señor!...

—Ella dice que es su padre...

—Y lo será.

—Siempre que va de paseo sale con él, en coche... Pero en cambio recibe numerosas visitas de muchachos jóvenes y de señores talluditos, amigos, según parece, de su padre.

Juanito sintió que el corazón le daba un vuelco: entre aquellos visitantes presintió un rival, el novio afortunado á quien él, seguramente, no tendría la suerte de desbancar.

—¿Y entre esos caballeros --pregunó no ha visto usted alguno que venga con más frecuencia que los otros?...

—No... Generalmente vienen una vez, dos, tres, hasta cuatro... y ya no vuelven más...

Juanito le dió á la portera una propina respetable, ella le prometió favorecerle en cuanto pudiese y él se marchó esperanzado y casi contento. Durante varios días tuvo buen cuidado de pasar por delante del hotel á la misma hora: Teresa siempre estaba en la ventana; parecía esperarle, sonriendo con una sonrisa equívoca. El joven la contemplaba embelesado: conforme su pasión crecía, la encontraba más bonita, más seductora, con sus ojos inquietos, sus traviesas naricillas, sus labios reidores y sus diez y ocho años, inocentes y frescos. ¡Sobre todo, inocentes!...

Porque Juanito encontraba en aquella preciosa cabeza de mujer, ese algo virginal, tan puro, tan ajeno á todo pecado, que nos fuerza á respetar el candor de las niñas.

Al fin, vencido por su pasión, resolvió escribir una carta á Teresa; una carta muy epasionada, muy dulce, muy respetuosa, en la cual ponderaba los extremos de su

carino y se efrecía formalmente á ser su esposo.

Al día siguiente, á la hora de costumbre fué á verla: esperaba hallarla en la ventana y leer en sus ojos su consentimiento. Iba inquieto, febril, temiendo haberse equivocado.

¿Habría llegado su carta á manos de Teresa? ¿No habría deslizado en ella alguna frase atrevida que lastimase la honestidad columbina de la doncella?...

Al pasar por delante del hotel, vió á Te-



El viejo.—Es necesario que cambies de carácter, porque pareces una niña que acabaran de destetar.

Ella.—¡Mira que decirme á mí recién destetada!...

resita, que le sonreía; Juanito cambió de acera y continuó acercándose, loco de contento, mirando á la joven que sonreía siempre, con su risa inocente...

Pero el galán quedó estupefacto cuando oyó que Teresita le decía quedamente, con una voz dulce como una caricia de mujer.

—Puedes subir, estoy sola...

—Yo... yo... ahora...

—Sí, por la puertacilla del jardín.

—Pero... ¿y si nos ven?...

—¡Quiá, tonto!... Por ahí entran todos mis amigos y nadie les ha visto. Anda...

Luis de OSSA

Bruselas, 23 Junio 1913.

Un capricho británico El mismo Sir Edgard, á quien he conocido ayer en el hotel en que me hospedo, me ha contado la historia.

La pasión de su vida era los perros. Había llegado á tener en su palacio una verdadera jauría y á pesar de eso continuaba recorriendo el mundo en busca de ejemplares notables de la raza canina.

En Madrid llegó á prendarse de una perra de aguas, blanca como la leche, la cual vió un día en el Retiro acompañando á una joven elegante.

Con los procedimientos expeditivos y el laconismo en el lenguaje que son la característica de los ingleses, acercóse á la joven y le preguntó:

—¿Cuánto cuesta?

La joven debió creer que la pedía el precio de otra cosa, porque le miró asombrada y sin dignarse responderle, continuó su marcha.

Pero Sir Edgard no era hombre que se arredrara una vez en el camino de algo que le interesase.

Persiguió á la joven desde aquel instante, supo dónde vivía, la esperaba á la hora del paseo y siempre que tenía ocasión deslizaba á su oído los mismos ofrecimientos.

—Mil... dos mil... ¡tres mil pesetas!

La joven, viuda por cierto de un amigo mío, el cual murió á consecuencia de los disgustos que le dió ella por su ligereza de cascos, llegó á intrigarse ante aquel asedio, sin comprender lo que lo motivaba.

El inglés le fué simpático .. porque debía ser riquísimo.

Por fin descubrió el enigma de la persecución y sus ilusiones vinieron á tierra.

—¿Conque usted lo que quiere es la perra?

—Sí, señora.

—Pues pierde usted el tiempo lastimosamente. Este animalito no se separará de mí mientras viva, porque es mi buena sombra —dijo ella clavando en el inglés una mirada profunda.

—Pida cuanto quiera; estoy dispuesto á darlo.

—Es inútil.

La viuda siguió su paseo, según costumbre, y Sir Edgard se quedó plantado y casi con intenciones de arrojarle al estanque que estaba á dos pasos. ¡Era la primera vez en su vida que hallaba obstáculo para la satisfacción de un capricho suyo!

Pero no se arredró.

Al día siguiente presentóse en casa de la viuda.

—¿Todavía usted? —preguntóle ésta.

—Sí, señora; yo.

—Pero supongo que no vendrá usted por mí ni por lo que yo le interese; sino por la perra.

—Efectivamente. Estoy convencido de que usted no la había de vender aunque yo le ofreciese veinte mil duros, y he pensado

ENSALADA DEL TIEMPO



—¡Y mi marido de viaje!

que la única solución sería que usted me la regalase.

—¡Bonita solución! He tenido el honor de decirle á usted que la perra no se separará de mí mientras viva.

Sir Edgard volvió á sentir la misma desesperación que el día antes en el Retiro y estuvo á punto de abalanzarse al balcón del gabinete del aquel cuarto tercero y arrojarle por él á la calle, en vista de que sus esfuerzos resultaban inútiles.

—O vide usted ese capricho y procure no molestarme más —dijo ella.

—¡Imposible olvidarlo, señora! Usted no sabe lo que es un inglés cuando se propone una cosa.

—¡Muy pesado! ¡Ya lo veo!

El rostro de Sir Edgard se había nublado; una arruga transversal daba á su frente un tono sombrío, mezcla de melancolía y de desesperación.

La viudita le contemplaba fijamente, gozosa al verle sufriendo, para ella era una venganza horrible por la decepción que había sufrido cuando adquirió el convencimiento de que no fué su belleza indiscutible lo que al inglés le atraía, sino la lana finísima y blanca como la leche, de su perra de aguas; de aquel animal que, ajeno á todo, asistía á la escena plantado delante de Sir Edgard, que no apartaba de él la vista.

La situación hacía insostenible.

Por fin, Sir Edgard pareció decidirse á algo y tras de lanzar un suspiro profundo, el primero que había salido de su pecho en los treinta y cinco años que contaba, levantóse de su asiento y con una gravedad puramente británica, rompió á hablar de esta forma:

—Señora, yo me llamo Sir Edgard Brighton.

—Muy señor mío.

—Soy de Londres.

—Ya se le nota.

—Tengo treinta y cinco años y una fortuna inmensa. Cerca de Londres tengo una magnífica posesión donde guardo la mejor colección de perros que existe en el mundo.

—Me alegro mucho.

—Y en vista de todo esto, he decidido llevarme esa perra.

—Ya le he dicho á usted que no.

—Señora: ¡Sir Edgard Brighton, tiene el honor de ofrecer á usted su mano! Mañana partimos para Inglaterra, donde se celebrará el matrimonio. A las seis de la tarde estaré en la estación del Norte con dos billetes tomados para el subexpreso. ¿Irá usted?

—Iré.

■

—Sí, señor, sí —terminó Sir Edgard—. A los tres meses se me murió la perra.

—¿Y su mujer?

—Se me escapó. ¡Oh! ¡Qué felicidad si hubiera sucedido al revés! ..

—La hebrá usted buscado.

—¡Oh! ¡No! Si hubiera sido la perra aún estaría corriendo hasta dar con ella; pero ¡la otra! ..

¡Maravillosa filosofía británica!

Roque de LARA

Un español en Yankilandia

En la tertulia del Universal nos «pitorreábamos» bastante de Arturito Cascales, un joven de esos que no se sabe de qué viven, pero que viven, visten con cierta elegancia, toman café todos los días y no faltan

otro... le puso de patitas en la calle el director del diario donde Cascales prestaba sus servicios.

Y entonces, mi hombre, se dedicó de lleno á las conquistas amorosas... alcanzando en ellas los mismos *L. inños* que en las aulas y en el periodismo. De aquí que nosotros nos *pitorreáramos piadosamente* de Arturito en la tertulia del Universal.

EL TRAJE DE BAÑO



—El año pasado estaba bien, pero este lo necesito más largo y más ancho.

á ningún estreno ni á ninguna corrida de toros.

Cascales, de estudiante, *buceó* en tres ó cuatro carreras distintas, sin conseguir pasar del preparatorio; probó á *colarse* en varias oposiciones, pero en todas le *detuvieron* en el primer ejercicio. En vista de lo cual, un buen día Arturito Cascales se *metió á* periodista.

Pero tampoco consiguió cuajar en su nueva profesión; un día le *pisaron* un suceso; otro le *majaron* una información, y

∴

Una tarde llegó Cascales á la tertulia más temprano, más contento y más elegante que de costumbre.

—¿Qué es eso, Arturito? —preguntamos á un tiempo dos ó tres.

—Pues esto es —contestó— que vengo á despedirme de vosotros.

—¡Hombrel... ¿Dónde vas?

—A los Estados Unidos.

—¿Emigras?

—¿Cómo, qué es eso de emigrar?... Voy en un magnífico trasatlántico alemán y en primera de primera —dijo pavoneándose orgulloso y enseñándonos un elegante *carner* lleno de papeles de distintos colores.

—Cuenta, cuenta.

—La cosa tiene poco que contar; una conquista afortunada; una mirada, una

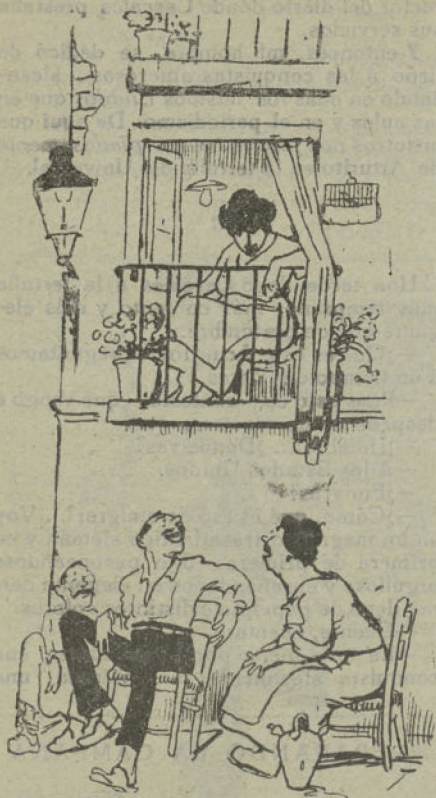
PRÉPARANDO LA CAMPAÑA



—Pues sí chica, iré á San Sebastián y San Juan de Luz, pero en cada sitio no podré tirar arriba de qui cé cías.

—Pues, yo en Biarritz, me tiraré todos los que pueda.

EL VERANEO DE LOS POBRES



Uno de la tertulia.—¡Vecinal! Que le está á usted goteando el tiesto!

La del balcón.—¡Ay, hijo! ¡Será el de la de arriba, porque el mío me lo riegan mucho más temprano!

sonrisa, un piropo ingenioso, un beso á tiempo... y una mujer con el corazón en compota que me sufraga los gastos de viaje. ¡Nada más!

—Pero ella ¿es yanki? —pregunto yo.

—Hombre, claro que es yanki —contesta un contertulio vivamente—; únicamente una yanki es capaz de una extravagancia por el estilo.

—Vaya —dice Cascales— va á empezar el acostumbrado *pitoreo*; pero, por esta vez os vais á *pitorear* vosotros solitos, porque yo me voy á ultimar los preparativos del viaje. Salgo esta misma noche.

Y Arturito nos abrazó á todos y salió contoneándose del café, donde nosotros

nos quedamos comentando sabrosamente el caso.

—¿Será posible?

—¡Qué ha de ser!

—Ese ha conquistado á cualquier carnívera caprichosa y se va á pasar tres meses á un pueblo manchego; eso es todo.

—Naturalmente.

—¡Como si lo viera!...

A los pocos meses los periódicos de Nueva York publicaban el retrato y las andanzas de Arturito Cascales. ¿Qué había hecho nuestro compatriota?... Pues... ¡casi nada!... Verán ustedes.

Había en Nueva York, entre otras cosas extravagantes, una Sociedad intitulada *El Club de los maridos*. Para ingresar como socio en el Club, era condición indispensable que el *neófito* probase que se la había pegado su mujer por lo menos tres veces. Comprobado esto, y previo el pago de algunos dollars, el *capítulo del honorable* casinito recibía al nuevo consocio con los brazos abiertos... y con las cabezas en campanadas.

En cuanto Cascales llegó á Nueva York

UN BRINDIS ORIGINAL



—¡Vaya por ustedes!

CUANDO EL DIABLO NO TIENE...



—¡Es curioso! ¿Por qué tendremos tan rizados estos pelitos?

y se enteró de la existencia, bases y funcionamiento del Club, se propuso desde luego sacar algo en limpio de la originalísima Sociedad.

Pero tropezó con una gran dificultad. Para ser socio era preciso estar casado, y Arturito se conservaba célibe aún. La yanqui que le sufragó los gastos de viaje, vino en su auxilio.

—La cosa —le dijo— no puede ser más sencilla; fingimos una partida de casamiento, expedida en España, pasando yo por tu mujer, y ya tienes entrada en el Club.

—Sí, eso está bien —objetó él—; pero el caso es que, además, hay que probar que la mujer de uno le ha puesto en ridículo tres veces cuando menos.

—Figurando yo como tu mujer en el documento... te admiten por unanimidad... ¡No te quepa duda!

Y así fué. Presentó Cascales su «documentación» en la secretaría del Club... y

quedó admitido en el acto como socio de número.

Y aquí empieza la labor de Arturito. Todos sus compañeros de círculo, le hacían, compadecidos, la misma pregunta:

—¡Vaya, vaya!... ¿Conque usted se ha casado en España con miss Arrison?

—Sí, señor.

—Y... ¡claro está!... A los pocos días pensó usted en ingresar en *El Club de los maridos*?

—Sí, señor; eso quería; ser, aunque indigno, compañero de ustedes.

—¿Cómo indigno?... Usted tiene méritos suficientes para ser, no solo de la junta directiva, si no nuestro presidente perpetuo. ¡Pues no faltaba más!

Poco á poco, Arturito fué captándose las simpatías de los socios del Club, que acababan por llevarle á almorzar á sus casas y presentarle á sus señoras.

Y ahí estaba el *quid*. Señora que le presentaban, señora que añadía Arturito á la colección de sus víctimas; porque es lo que se decía, Cascales:

—Si estas mujeres se la han pegado á



El.—Para que vea que la quiero, voy á poner su mano sobre mi corazón.

Ella.—Pues desvíe usted la dirección, porque ese no es el camino más derecho.

sus maridos por lo menos tres veces, dicho se esté que han de ser guapas y frágiles; y siendo así, ¿no será facilísimo que yo consiga que se la peguen por cuarta vez?

Cierto que, con tal conducta, Arturito faltaba al art. 6º en su párrafo 69 del Reglamento social; pero á eso es á lo que iba Cascales; á faitar al sexto en su párrafo sesenta y nueve.

Durante dos años, recorrió nuestro amigo toda la lista de socios del Círculo, que se componía de 395 miembros; claro es que miembros inútiles, á juzgar por la fragilidad de las señoras socias.

Un día —¡día aciago!— riñó Cascales de muy mala manera con la que pasaba por su mujer y... ¡aquí —es decir allí— fué Troyal!

Miss Arrison, toda indignada, se fué al Club y le espetó al secretario la farsa del socio Cascales y sus *faenas* con las señoras de sus consocios. *El Club de los maridos* se puso en movimiento; se reunió la junta directiva; luego la general, y acordaron, por último, constituirse en sesión secreta para juzgar la conducta de Arturito.

Como la sesión era secreta, nada decían de ella los periódicos yanquis. Pero lo que sí se sabe, es que, después de larga discusión, la junta general, no encontrando en el reglamento artículos ni precedentes con que solucionar el caso Cascales, acabó por tomar una resolución heroica.

Y... ¡¡le nombró socio honorario!!

Quando leímos estas hazañas de Cascales nos quedamos estupefactos; y nadie se volvió á pitorrear de él, en la tertulia del Universal.

Mingo REVULGO

Leed en EL LIBRO POPULAR

EL NIÑO JUDÍO

novela completa por
ANGEL GUIMERA

20 céntimos

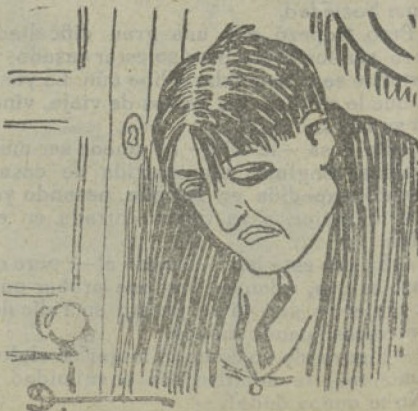
ESTUDIOS FISONÓMICOS



Sorpresa.



Angustia.



Abatimiento.

El poema de las medias

Mi amiga Obdulia es una mujer que, moralmente, está «tirada á corcel», recta en sus propósitos, piadosa de corazón, metódica en sus actos, cual si tuviese un aparato cronométrico dentro... Y, además, ahorrativa hasta la inverosimilitud: ahorrativa dije, que no miserable; y afirmo que su prurito económico llega á lo increíble, por-

que mi excelente amiga reglamenta los gastos más nimios de su casa: el jabón que se gasta en el lavado, el número de terrones de azúcar con que deben endulzarse las tazas de café, las horas que las luces del comedor, del gabinete, del salón, etcétera, etc., han de estar encendidas... No obstante, Obdulia vive con relativo desahogo; habita en buena casa come bien y da mensualmente dos saraos en que suelen vaciarse en que suelen vaciarse en copioso número de botellas de Champagne.

Pues bien: Obdulia es viuda y tiene una hija bonitísima que anda en relaciones con Jerónimo T., un joven diplomático, pobre, sí; pero simpático, alegre, mundano y tan elegante, que sus criados aseguran que manda planchar las camisas á Londres.

Jerónimo visita á su novia todas las noches, algunas veces cena con ella, y luego él y Petrita van al salón, instalándose sobre un divancillo que, siendo pequeño para uno, parece grande para dos, y que se halla casi escondido tras el piano de cola, á la sombra de unas palmeras. Entonces Obdulia, que no olvida la discreción tolerante que deben tener las madres bondadosas, se sienta á leer una novela que la duerma, tal como las de D. Ricardo León, junto á un velador, al pie de un quinqué con pantalla de tela verde; mientras Jerónimo y Petrita, cogidos de las manos, charlan y se hociquean amorosamente. A las doce en punto, el novio se marcha, des-

pidiéndose hasta el siguiente día, Petrita sale de su escondrijo un poco despeinada y con los ojos brillantes, y Obdulia, siempre económica, se apresura á pagar las luces. En el fondo ella piensa que aquellas libertades que concede á su hija no tienen nada de reprochable.

Hace algunos días fui á casa de Obdulia y la hallé indignada: mi excelente amiga tiene cocinera y dos doncellas, y una de éstas, que por lo visto no estaba al tanto



— Güeno, ¿y con qué se toma esto?

— ¿Quiere usté una paja?

— ¿Una paja ná más? ¡Mía estal! ¡Pa eso hé venío yo desde mi pueblol!

de las rígidas costumbres de la casa, se había permitido licencias increíbles.

— ¿Pero qué ha hecho? — preguntó.

— ¡Ah, no quiera usted saberlo!... Figúrese usted que durante los quince días que hace que está á mi servicio, se ha mudado diez pares de medias.

— ¡Diez pares! — repetí admirado.

— Sí, querido Jacinto; ¡diez pares! Por el lavado de los cuales cobra mi lavandera seis reales justos.

Entonces supe que las medias de color (y aun las negras) van pasando de moda, y que las blancas, caídas en desuso desde en tiempos del Imperio, han vuelto á ser la última palabra de la costumbre y del buen tono.

—De todos modos —dije—, ese exceso de limpieza es increíble.

Pero aquello no era lo peor.

—Lo más irritante —agregó Obdulia—, fué la razón que la muy desvergonzada me dió para excusar su abuso.

—Fermina —la dije—, ¿cómo explica que Petrita gaste seis pares de medias en quince días y usted diez en dos semanas?

Ella, al principio, se encogió de hombros; yo repetí mi pregunta. Entonces Fermina, de repente, rompió á reír. —«¡Es natural!» —dijo.

—¿Natural? —repuse—, ¿y por qué?..

—El señorito Jerónimo tiene las manos limpias.

—¿Y qué?

—Que no ensucia á la señorita.

—¡¡A la señorita!...»

Refiriendo estos diálogos de cocinas adentro, las mejillas de mi vieja amiga ardían, abrasadas por la vergüenza y la cólera. —«Porque el novio de la señorita Pe-

tra —prosiguió Obdulia—, es diplomático.

—¿Y bien?..

—Que el mío... es carbonero...»

Confieso que la contestación de la doncella es todo un poema; un poema de vida íntima.

¡Hay una asociación tan interesante entre la blancura de las medias de las novias y la profesión de los amadores!...

Jacinto CARMIN

REFLEXIÓN



—¡Qué tontos son! Pues no anda mi marido por estos alrededores á caza de un conejo!..

NUESTROS FIGURINES



Donde se presente una mujer con este traje, levanta á la concurrencia para tributarla una salva de aplausos. ¡Vaya si la levanta!

SUCEDIDO...

La señora viuda de López, el probo funcionario de Hacienda, López, á quien ustedes habrán oído nombrar seguramente, paseaba tardes pasadas por el Retiro con una dama provinciana á quien enumeraba las personas y lugares notables que veía.

De pronto la honesta señora viuda de López, exclamó:

—Ya se lo decía á usted que la veríamos á mi hija, á mi Virginia; allí está; véala usted en aquel automóvil rojo, que dirige ese caballero de barba rubia.

—¡Ah!... ¿son casados?

—El, sí;... ¡mi hija es quien no lo está todavía!

El verdadero varón

La verdad pura y neta es, que hay hombres muy desconsiderados y que lo mismo les importa quedar como unos príncipes que como unos cocheros, dicho sea solo por seguir la frase y sin ánimo de molestar en lo más pequeño á la respetable clase de autome-dontes.

Digo esto á propósito de lo que no hace muchos días me contó la bella Lili que le había pasado con su enamoradísimo, al parecer, Barón de la Villa, uno de los conquistadores de más fama de Madrid.

El hombre había estado persiguiendo tenazmente á la hermosa y espiritual cortesana, sin que ésta se determinara á aceptar los galantes ofrecimientos del doncel.

¡Siempre las mujeres tienen grandes corazonadas!

Pero no sólo el hombre es débil, sino que también lo es la parte más encantadora del género humano. Por algo se llama débil al sexo femenino.

Lili se ablandó ante la asiduidad del Barón, y éste recibió, por fin, contestación á una de sus innumerables misivas, concedida en estos términos:

«Amigo mío: supongo que es verdadero el cariño que me viene jurando desde que me conocí. Confieso que durante mucho tiempo me ha sido usted completamente indiferente; pero no quiero dejar de decirle que ya empieza usted á interesarme. Accedo, pues, á sus ruegos y le concedo la ansiada cita. Esta tarde, á la puesta del sol, nos podremos ver: yo estaré en uno de los bancos del paseo de Tal, en el Retiro. De su conducta de usted de hoy, dependerá su porvenir. Suya afectísimamente

Lili.»

No es necesario decir el júbilo con que el Barón recibió la perfumada esquelita y con ella la cita ambicionada.

Pero...

Pero el diablo que todo lo enreda, quiso también enredar este idilio y contribuyó á que el Barón, durante el almuerzo que tenía aquel día con varios amigos del casino, libase un poco más que de costumbre y al fin de la jornada pescase una jumera monumental.

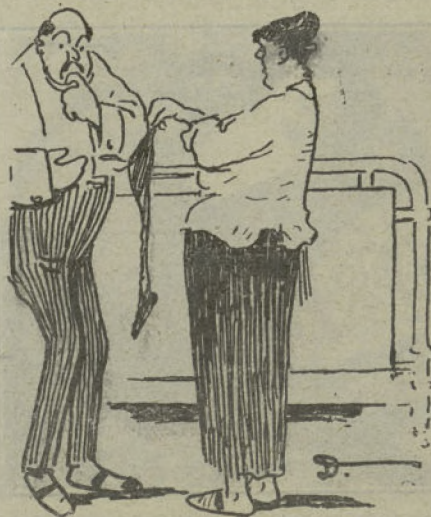
¿Cómo asistir á una primera cita de amor en tal estado y situación tan poco edificante?

Había, no obstante, que cumplir con aquella mujer que le estaría esperando. ¿Pero cómo?

No había más remedio que utilizar los buenos servicios de Pepe, su ayuda de cámara, un mozo bien templado y dispuesto, que se vestía con la misma ropa de su señor y hasta le fumaba sus habanos.

—Mira, Pepe .. —díjole balbuceando el Barón—; vete... vete... al pa... paseo de Tal... Allí verás una buena moza *plantá* como un guardacantón espe... espe... esperándome... ¡ja, ja!... eso es, esperándo-

LA MEDIA DELATORA



El.—¡Pues hija, no sé cómo la tendría en el bolsillo! Me la habrán metido...

Ella.—¡Lástima que no fuera verdad!

me... dila que *m'alegro* de verla *güena* y que el martes la escribiré... que hoy no pue... puedo ir... En fin, tú te arreglas.

Pepe cumplió al pie de la letra las órdenes recibidas. Estuvo en el Parque; estuvo con la dama; la dió el recado de su amo y se arregló con ella.

Y hay quien me ha asegurado que Lili afirma que ha salido ganando en el cambio, y que Barón por varón, prefiere á éste cien mil veces.

Fernando AMADO

: Bonito negocio

¡Bonito negocio ha hecho un individuo de Madrid llamado Amadeo... ó don Amadeo... (á cada cual lo suyo.) Este señor casó hace pocos meses con una señorita horriblemente celosa: más alta que él más fuerte que él y con el genio más atravesado que un contrabandista. Sobre tantas desgracias don Amadeo tuvo la de enamorarse perdidamente de Carolina, su doncella; una joven de dieciséis años sonrosadita y metida en carnes, que habla en voz baja y sin levantar los ojos del suelo: y la de captarse con



Actitud que adoptan las mujeres recién casadas durante tres ó cuatro meses.

esta desdichada pasión los odios de Carmen, la cocinera.

Carmen, que ya pasa de medio siglo, ha visto nacer á su señorita; ella la recogió apenas salida del vientre de su madre, y más tarde la enseñó á andar y á decir las primeras palabras y á persignarse... y la repasó el A B C. Era, pues, algo suyo, muy suyo, que despertaba en ella el celoso amor de la maternidad.

Mucho antes que don Amadeo pusiera sus ojos y sus ansias en Carolina, ya Carmen había recelado esta posibilidad y andaba con la barba sobre el hombro atisbando los malos y buenos pasos del señor.

Y todo fué sucediendo conforme ella te-

mió. Don Amadeo se enamoraba de Carolina; y Carolina se dejaba querer...

El pobre esposo, que estaba bien lejos de sospechar la fiscalización de que era objeto, se limitaba á huir de su mujer para requebrar á la doncella: este asedio lo practicaba en el comedor, mientras Carolina ponía la mesa, ó por los pasillos, aprovechando los lugares donde la obscuridad favorecía las aproximaciones pecaminosas.

—Carolina, estoy loco por ti.

—Señorito, por Dios...

—¡Cállate, simple! El cielo no se ocupa de estas cosas.

Y la abrazaba estrechamente. Carmen, que de todo se enteraba, les oía desde la cocina mordéndose los labios, con los brazos puestos en jarras, mascullando amenazas terribles, compadeciendo la triste suerte de su señorita que, aun sin ser una malva, se pasa de inocente, de buena... y de sorda.

Vulnerant omnes, ultima necat, escribían los romanos, aludiendo á las horas, sobre el cuadrante de los relojes de sus templos.

Otro tanto podría decir don Amadeo recordando la hora fatal que le trajo la noche del pasado domingo.

Doña Gertrudis, la señorita, había salido de paseo con unas primas suyas, y su marido y Carolina pudieron hablar un instante, con relativa holgura en el recibimiento, mientras él que volvía de la calle, se quitaba el gabán.

—Esta noche—murmuró don Amadeo acercando sus labios glotonos á la sonrosada oreja de la muchacha—iré á verte, hablaremos.

—No puede ser... ya sabe usted que no puede ser...

—¿Por qué?

—Porque Carmen duerme en mi habitación.

—No importa; Carmen tiene el sueño pesado; hablaremos callando.

—¿Y si rechina la cerradura?

—Deja la puerta entreabierta.

—¿Y si rechinan los goznes?

—Untalos con aceite.

—Pero...

—Te regalaré unos pendientes preciosos que compré ayer para ti... Cuatrocientas veinte pesetas; ¡figúrate!

Ella vacilaba: el perverso don Amadeo repitió la cantidad lentamente: «Cuatrocientas... veinte... pesetas». ¡Un capital!

—Bien... esta noche... después de la doce.

Minutos antes de la hora convenida, don Amadeo salió cautelosamente de su habitación, deslizóse con pasos felinos á lo largo de un carrojo obscuro, y penetró en el dormitorio de sus sirvientes.

Al cerrar la puerta unos brazos nervudos le detuvieron; los brazos de Carmen, que le esperaba con ansiedad.

—Lo sé todo —dijo—; lo he oído todo. Suelte usted esos pendientes.

El quiso resistir; pareciale altamente ridículo obedecer á la cocinera.

—Si no cede usted —agregó la cocinera—, si no me da esos primorosos pendientes que ha comprado para Carolina, empiezo á gritar, despierto á la señorita y la pongo al corriente de cuanto sucede.

Don Amadeo cedió: ¿cómo no? Ante las amenazas de la forzuda Carmen sentíase débil. Pero su suplicio no había concluído todavía.

—Venga usted —dijo Carmen empujándole hacia dentro—; tenemos que hablar de algo verdaderamente importante.

¿A qué referir lo que sucedió?

Fué horrible... ¡horrible!...

Al día siguiente Carmen buscó un pretexto para despedir á Carolina y lo consiguió.

❖

Ella, Dios se lo pague, es quien me ha referido todo esto.

Doña Gertrudis, la señorita, luce los pendientes que su esposo compró con tan malos fines, y cuando sus amigas los celebran ponderando su elegancia y calidad, don Amadeo, por no llorar, se muerde los labios. Lo peor es que la cocinera se ha enamorado de él...

¡Pobre hombre!

¡Compadezcámosle!...

Clemente de CASTRO

▼

Mañana —¡Esperanza!...
de Julio —¿Qué?...
 —Anda, anda pronto.
 —Tengo sueño, mucho sueño...

—¡Perezosa!... ¡Despierta, salgamos á gozar los placeres de este amanecer primaverall!...

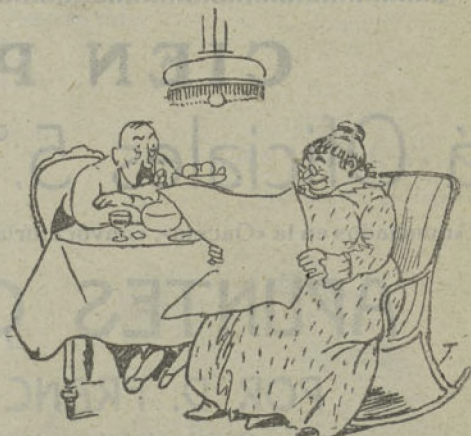
Ella entreabrió los párpados y sonrió.

—¿Oyes? —prosiguió Pablo—, corre, vístete...
 —¿Para qué?... Aquí, en este dormitorio tienes todo cuanto el campo puede ofrecerte de más hermoso.

—Julio alumbra los cristales de nuestros balcones con su risa dorada. Ven, envuelve tu cuerpo de sirena con una bata y sígueme. Es la hora de ir al bosque á respirar los aires matutinos...

—Nuestra habitación —repuso ella—, que aún conserva el eco de nuestras con-

POLÍTICA INTERNACIONAL



La señora (leyendo).—«Constantinopla, 20. Con motivo de las prisiones de complicados en el asesinato del gran Visir, hay gran agitación en Pera»

El marido.—Esa agitación acabará en un desahogo revolucionario.

versaciones y de nuestros amorosos arrullos en sus aromosos cortinajes de seda Pompadour, encierra tantos perfumes como los sotos de La Granja y de Aranjuez.

—Sí, pero en el bosque hay lugares ocultos, sombríos, en donde el dulce canturreo de los pájaros invita al descanso y al sueño.

—El misterio del dormitorio con su penumbra suave y sus tapices afelpados, no es menos favorable al reposo.

—Sí; pero en el bosque, el zumbido de los insectos enamorados ameniza el con-

cierto de las hojas acariciadas y doradas por el sol.

—Mi voz, perdida entre la sombra dorada de mis cabellos rubios, es tan agradable como el lejano zumbido de las abejas.

—Sí; pero las eglantinas recién abiertas son gratas al ánimo como labios juveniles que sonriesen.

—Mi boca, que, aun estando abierta, parece semicerrada, porque es más pequeña que las rosas salvajes, siempre guarda para ti sus mejores sonrisas.

—Sí; pero aquí no podré ver los mirtos, con sus ramas de flores blancas.

—La nieve de mi garganta y de mis brazos es más pura y más aromática.

—Sí; pero aquí no puedo coger la fresa ya madura, cubierta de rocío, tan pequeña, asomando tímidamente su vértice sonrosado entre las ramas entrelazadas del fresal.

—¡Oh!... —repuso Esperanza bajando los ojos y sonrojándose ligeramente: —¡Es que no sabes buscar!...

Félix RECIO

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciados en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Se publican por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno.

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =

Fotografía de LUIS ALTOZANO

TOLEDO, 53, MADRID.—TELÉFONO 4541

Primera casa en retratos de artistas y ampliaciones.

Fotógrafo de LA HOJA DE PARRA